

FERMÍN BOCOS

VIAJE
A LAS
PUERTAS
DEL
INFIERNO



LAS ENTRADAS
OCULTAS DEL HADES

Ariel

Índice

Portada
Cita
A modo de prólogo
I. Viaje al sur de España
II. Viaje a Nápoles
III. Viaje por el norte de Grecia
IV. En Madrid
V. Regreso a Grecia
VI. Viaje a Israel
VII. Viaje a Italia
VIII. Viaje a Francia
IX. Viaje a Sicilia
X. Viaje a China
XI. Viaje a la India
XII. Viaje a Japón
XIII. Vuelta a Italia
XIV. Viaje a Iraq
XV. Viaje a Egipto
XVI. Regreso a Italia
XVII. Vuelta a Grecia
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Aunque hayan derribado sus estatuas y
hayan sido arrojados de sus templos, no
por eso los dioses están muertos.

KONSTANTINOS KAVAFIS

A MODO DE PRÓLOGO

Tengo para mí que la melancolía de los seres humanos procede del silencio de Dios, de la añoranza de un tiempo en el que los dioses hablaban con los hombres. Intrigado por el origen de tan extraña nostalgia, inicié un largo viaje a lugares señalados donde aún hoy reverbera el eco de ceremonias ancestrales en las que las gentes del pasado creyeron haber contactado con la divinidad. También ha sido un viaje a la semilla de uno de los temores más antiguos y duraderos de la Historia. Hablo del miedo al Infierno.

Las experiencias que paso a relatar me han permitido descubrir que son muchos los lugares en los que antiguas civilizaciones y culturas hoy olvidadas tenían por cierto que se hallaban las puertas del Infierno.

De aquellos días queda memoria en las piedras de templos destruidos, en relieves ahumados de cuevas escondidas y en los estratos más profundos de ciertos pozos colmatados por la incuria que apareja el paso del tiempo. En los parajes en los que un día los dioses dejaron oír su voz —en boca de la Sibila, en las salmodias de los sacerdotes o en los sollozos del viento que agita las ramas de ciertos árboles sagrados—, todavía pervive algo inmaterial, una presencia invisible imposible de describir pero apreciable como las reverberaciones del calor en el verano.

Los emplazamientos en los que se estableció un oráculo —puertas de comunicación con los seres que habitan más allá de las estrellas— retienen cierto aire de misterio. Flota en ellos un no sé qué extraño que provoca desasosiego. Quizá sea la sensación de estar pisando tierra sagrada. O tierra maldita. Es una presencia que en días señalados en

calendarios astronómicos muy antiguos y en condiciones precisas de luz, presión y temperatura, todavía se hace sentir.

En otras partes, allí donde la comunicación con los dioses se establecía en las inmediaciones de algún antro, aún se detectan emanaciones de gases alucinógenos. También hay lugares secretos localizados en puntos geográficos de rara naturaleza y fuerza mineral en los que nuestros antepasados situaron las puertas del Infierno, el espectral pasaje subterráneo que se abre al Más Allá, el desolado enclave donde vagan eternamente atormentadas las almas de los muertos.

En la Antigüedad, Demócrito de Abdera habló con claridad al establecer que creía que el miedo era el origen de la religión. También Epicuro de Samos se esforzó en liberar a los hombres del miedo a la muerte al tiempo que les alertaba para que no temieran a los dioses. Por contra, Cicerón creía que para dominar a las masas en favor de la estabilidad del Estado y de sus instituciones era conveniente mantener la superstición y la fe en la adivinación. En este debate separado por siglos, quien triunfó, por decirlo así, fue Cicerón. La religión —basada o no en el miedo— triunfó en tiempos de la antigua Roma y también en los siglos posteriores así que el cristianismo, devenido en religión oficial, hizo suyas parte de las señas del poder ampliamente experimentadas durante el Imperio. En ese mundo que rehabilitó ritos y mitos, el Infierno como concepto y el Diablo como personaje —el «Ángel caído»— mantuvieron durante dos milenios un papel protagonista. Concilio hubo (IV de Letrán, 1215) que declaró que el Diablo y los demás demonios fueron creados buenos por Dios pero ellos mismos se volvieron malos. Y que el hombre pecó por sugestión del Diablo. Siglos después —había bajado mucha agua bajo los puentes— otro concilio (Vaticano II, 1962, presidido por el papa Juan XXIII) apenas dio cancha a la reflexión en torno al Maligno, relegándolo al papel de figurante.

En nuestros días, se diría que ha sido destronado, ya no está residenciado en él el temor de las gentes o su negociado de miedo; sencillamente, ha desaparecido.

De ser así, llevaría razón Cornelius Castoriadis al proclamar que la sociedad moderna es la primera sociedad no religiosa en la Historia del hombre. Obvio es decir que el pensador nacido en Constantinopla y fallecido en París en 1997 se refería al mundo occidental. Puede que sea la gran novedad o puede que estemos ante una simple transformación conceptual, porque, pese a los convincentes testimonios de la ausencia de preocupación por el Infierno en la mente de las gentes de nuestros días, hay una verdad que resulta irrefutable: el mal existe. Y ese es un territorio cuyo administrador único y jefe de Recursos Humanos siempre ha sido el Diablo.

Para simpatizar con la aspiración última del espíritu que me llevó a emprender este largo viaje realizado en diferentes etapas —con nuestro mundo sumergido ya en un proceso de globalización a través de la red y de la sociedad de la comunicación—, quizá suene a excentricidad invitar a releer la *Teogonía*, el relato construido por Hesíodo alrededor de la vida de los dioses. Entiendo que sería tan conveniente como abrir una ventana a la fantasía porque es verdadero «realismo mágico». Un retablo abierto a las maravillas, a la fantasía y a los milagros. Después de pasear por el Olimpo, cumple volver a Homero y a quienes de él todo lo aprendieron.

He disfrutado tanto con las desventuras y astucias de Ulises, con las proezas de Perseo, el viaje de Jasón y los trabajos de Heracles o con el fantástico tebeo que fue la vida de Teseo que ese gozo, un gozo sin duda adolescente, todavía hoy es capaz de avivar todas las nostalgias y así que puedo viajar por el Mediterráneo, por Grecia, por Italia, o por muy concretos lugares de España, buscando los viejos caminos que uno puede reencontrar, pese a las transfor-

maciones del paso de los días y las heridas del tiempo, siguiendo el minucioso itinerario de Pausanias o las fantásticas noticias de Heródoto.

No ignoro que parte del fulgor perenne del Mundo Antiguo procede de la imaginación y de los libros. Aunque no es seguro que la actividad humana justifique la existencia, saber estas y otras cosas es una forma de entender la vida e incluso de hallar en ellas su sentido. Sentido que, dicho sea de paso, tengo para mí que no es otro que vivir gozando en humana proporción de cuanto ha sido dispuesto por la Naturaleza. Vivir felizmente. Sin ofender a nadie ni a nosotros mismos renunciando a los gozos de este mundo por culpa del temor sembrado en nuestros corazones por obra de la oscuridad o la superstición. En esta forma de ver las cosas supongo que late el espíritu de Epicuro, aquel sabio que, como apuntaba más arriba y según dejó dicho el poeta romano Lucrecio —el más vigoroso de sus discípulos—, liberó a la Humanidad del terror a la muerte y al Más Allá.

Epicuro que, por cierto, no fue «epicúreo» en el sentido moderno y superficial del término, enseñó a vivir en contacto con la Naturaleza, rodeado de amigos, sin los miedos y temores que produce la ignorancia. También Octavio Paz creía que la construcción de la comunidad ideal implicaba un regreso a la poesía, a la palabra poética, como mediadora entre el poder divino y la libertad humana. Ambos sentían la añoranza de un tiempo en el que el ideal estético era un reflejo del triunfo de la razón que había hecho posible la organización social más libre de cuantas conocieron nuestros antepasados mediterráneos.

Hablando de utopías, creo que Thomas Mann tenía razón cuando decía que las cosas habrían ido mejor si Marx hubiera leído a su paisano Hölderlin. En ese punto está anclada la nostalgia a la que me refiero al hablar de la Anti-

gua Grecia y del Mediterráneo clásico. Es, en suma, la misma nostalgia que sentía Odiseo a cuenta de los países que no había conocido.

Amable lector, este es el relato de un largo viaje, en realidad, una suma de unos cuantos viajes, que inicié en Huelva, en el sur de España, preguntando a un fraile franciscano del monasterio de La Rábida por las puertas del Infierno.

Un camino que en distintas épocas repartidas al gusto de Nikos Kazantzakis —«ocho meses de viaje y cuatro de soledad»—, en una primera etapa me llevó a ciertos lugares de Grecia, España, Italia, Francia, Egipto, Iraq o Israel, donde aún no se ha extinguido el eco de un tiempo en el que era posible escuchar las voces que venían del cielo o hay antros que un día fueron entrada del Averno.

El afán de descubrir algunos de los secretos del pasado también me hizo recorrer parajes remotos de la India, Japón y China, en el corazón reseco y más contaminado de Asia. Lo que sobrevive en mi memoria de este largo viaje confirma, como bien sabía el poeta Konstantinos Kavafis, que, aunque hayan derribado sus estatuas y hayan sido arrojados de sus templos, no por eso los dioses están muertos.

CAPÍTULO I

VIAJE AL SUR DE ESPAÑA

En busca de las puertas del Infierno | Llegada al monasterio de La Rábida, en Huelva, donde los antiguos situaban una puerta del Hades | El prado de los sacrificios | Las doncellas ofrecidas a la diosa Deméter | Misterios olvidados.





Salvo la muerte que todo lo cierra, en este mundo, nada es para siempre ni nada es solo lo que parece. Tampoco hay verdades absolutas a la hora de ubicar en mapas actuales ciudades o enclaves de la Antigüedad cuya memoria, con el devenir de los siglos, se perdió o se hizo confusa. Eso es exactamente lo que pasa cuando uno intenta dar con el lugar donde se hallaban algunas de las más famosas puertas del Hades, el Infierno de los antiguos griegos y romanos.

Uno de los primeros lugares en los que uno puede pensar es en la antigua región del Epiro, en el noroeste de Grecia, donde según algunas fuentes se encontraba el Necromanteion, la entrada del Hades. Junto al río Aqueronte, donde se juntan dos de los ríos del Infierno, el Cocito, el río de los lamentos, y el Piriflegetonte, o río de las llamas, tenía aposento el oráculo de los muertos, en un tenebroso lugar famoso en los tiempos homéricos, en la Edad del Bronce, tiempos en los que la medicina y la magia eran hermanas gemelas. Pero los libros antiguos no son libros cerrados; en realidad permanecen eternamente abiertos a la interpretación de quienes se aproximan a ellos con la emoción y la tenacidad que en su día llevó a Heinrich Schliemann, un rico comerciante alemán y arqueólogo aficionado, a descubrir el emplazamiento de Troya y la llamada «Máscara de Agamenón», el gran rey de Micenas. Schliemann no hizo más que seguir a pies juntillas las descripciones contenidas en los versos de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Hay académicos que todavía no se lo han perdonado. Homero habló y, por fortuna para los hombres de todas las épocas, la memoria de su palabra permite ser interpretada, quizá porque sigue tan viva como cuando era aquel relato que embelesaba por igual a reyes, soldados, pastores y cortesanos.

Schliemann no fue el único que rastreó las huellas de los antiguos. Algunos de los historiadores, arqueólogos y helenistas más señeros de los dos últimos siglos procedieron con parecido entusiasmo. A uno de ellos, Adolf Schulten, también alemán, debemos una revelación sorprendente. De hecho, su descubrimiento ha sido, en parte, la chispa que me movió a iniciar el largo viaje que voy a contar en este libro. Como veremos, no solo en Grecia hay una entrada del Hades. Resulta que a varios miles de kilómetros del territorio continental de la Hélade, existe un lugar que encaja como un dedo en un guante en la descripción que hace Homero de la llegada de Ulises al Aqueronte. Está al sur de España, en Palos de la Frontera, Huelva, en el lugar que hoy ocupa el monasterio de Santa María de la Rábida. Palos fue antaño el pueblo de pescadores en el que se gestó el primer capítulo del descubrimiento de América, hecho estelar de la Historia de España.

Allí en Palos empezó mi aventura, una mañana de abril de hace algunos años. Fui hasta La Rábida buscando el perdido enclave tartesio al que se referían los viajeros de la Antigüedad cuando hablaban de la laguna del Infierno, como se conocía al estuario del río Tinto, que se caracterizaba por sus aguas rojizas. En el promontorio sobre el que hoy se yergue el cenobio, junto a la roca que señalaba la confluencia de los ríos Tinto (asimilado al río Piriflegetonte) y Odiel (el Cocito), donde, según los viajeros de la Antigüedad, se encontraba uno de los pasajes subterráneos que comunicaba con el Hades. Mis primeros conocimientos del lugar y su relación con la odisea de Ulises procedían de haber leído, hacía mucho tiempo, un libro escrito por el historiador Adolf Schulten sobre el emplazamiento de la mítica Tartessos. De aquella lectura solo recordaba que, a diferencia del éxito que siempre acompañó a Schliemann en sus aventuras en Troya, Micenas, Orcómeno y Tirinto, Schulten, pese a su tesón y conocimientos, no tuvo suerte y fracasó

en su empeño de descubrir el emplazamiento de Tartessos. Por más que excavó y buscó en el coto de Doñana, en los alrededores de Sevilla, en Estepa y en varios lugares de la provincia de Huelva, no consiguió dar con la situación de la capital del legendario reino de Argantonio. No encontró la mítica ciudad perdida pero creyó haber identificado el lugar en el que se localizaba la tenebrosa puerta del Hades. Leído y olvidado, hasta que hace poco, leyendo a otro historiador, el inglés Robin Lane Fox, autor de un libro muy entretenido (*Héroes viajeros*), volví a toparme con la mención de La Rábida, como el paraje en el que los antiguos situaban una de las entradas al mundo del Más Allá.

Sabido es que no hay nada más atrevido que la ignorancia, y también que de ella se sale preguntando. Así que decidí viajar a Huelva, y desde allí a La Rábida, para indagar acerca de aquella olvidada puerta del Hades.

La distancia entre la antigua Olba y La Rábida es corta y el aire denso. Acre, incluso, a resultas de los vertidos a la atmósfera de diversas industrias químicas y creo que también de una o dos refinerías de petróleo que operan en la zona. Afortunadamente, unos dos kilómetros antes de llegar al monasterio, el paisaje cambia. Entre pinos, plantas aromáticas, chumberas y otras variedades de cactus, una mano piadosa ha construido un pequeño jardín seco. Un jardín zen levantado sobre la tierra ocre y reseca siguiendo la ancestral técnica japonesa del *karesansui* que armoniza rocas y piedras con arena rastrillada dibujando formas que semejan minúsculas olas. Tras ascender una cuesta que parte en dos un sendero rodeado de pinos y cipreses, llegué a la explanada en la que se yergue el cenobio. En cierto modo es un paraje borgiano, un jardín con senderos que se bifurcan.

Me disponía a entrar en el monasterio cuando una voz me detuvo.